



**LA FIGURA DE RAMÓN LÓPEZ VELARDE EN  
*EL TESTIGO*, DE JUAN VILLORO<sup>1</sup>**

**Jorge A. Rodríguez Castro (Universidad de Colima, México)<sup>2</sup>**

*Sabía lo normal acerca de Ramón, lo cual equivalía a nada.  
Todo mundo sabía todo de él.* EL TESTIGO. Juan Villoro

Juan Villoro (1956) se ha distinguido en el corpus de la literatura mexicana no sólo por su capacidad para abordar distintos géneros –sea cuento, ensayo, crónica o novela–, sino porque siempre termina sorprendiéndonos con su narrativa ácida, irónica y muy particular. Su obra aborda, algunas veces, las preocupaciones actuales de nuestra sociedad; otras veces, responde a cuestionamientos propios, estéticos y literarios. Por esto y más, resulta ser un autor muy interesante.

La novela *El testigo* (2004), buen referente para destacar estas características narrativas, es la tercer novela del mexicano. En ella encontramos la historia de Julio Valdivieso, un estudioso de la literatura que regresa a México después de veinticuatro años. El arribo no es fácil, pues Julio tendrá que enfrentar distintas situaciones: el cambio de gobierno en el año 2000, la investigación de su familia para un proyecto de telenovela, la poesía de López Velarde, el narcotráfico, etc., en otras palabras: Julio viene a buscarse en la raíz, le toca vivir un presente enclavado en un pasado que es futuro abismo.

---

<sup>1</sup> Este texto forma parte de una investigación más amplia acerca de la novela *El testigo*, de Juan Villoro.

<sup>2</sup> Actualmente cursa el segundo semestre de la Maestría en Literatura Hispanoamericana, por parte de la Universidad de Colima, México. Es licenciado en Letras Hispanoamericanas, por la misma Universidad.

Para esta exposición, tomo, de los distintos ejes que uno puede encontrar en la novela, *la figura* del poeta mexicano Ramón López Velarde, vista desde la perspectiva hermenéutica de Roman Ingarden. Así pues, abordaremos a Ramón López Velarde y a su poesía, especialmente el poema “El retorno maléfico”, como un objeto representado derivado de la realidad<sup>3</sup>. Comenzaremos con algunos datos importantes sobre la vida de López Velarde, seguido de la crítica a su obra, para luego entrar, como un movimiento de péndulo, en *El testigo* y en “El retorno maléfico”, a fin de poder observar cómo se nos da esta realidad literaria.

La vida de Ramón López Velarde fue extraordinaria. Ramón nació en un pueblo llamado Jerez, del estado de Zacatecas, en 1888. Estudió el seminario en Zacatecas, luego la preparatoria en Aguascalientes y la carrera en Jurisprudencia, en San Luis Potosí. En 1914, se trasladó a la capital mexicana, donde ocupó algunos cargos docentes e hizo amistad con el mundo bohemio y periodístico de esa época. Ramón murió a los treinta y tres años, en 1921. En cuanto a su producción literaria, solamente conocemos tres libros de poesía, *La sangre devota* (1916), *Zozobra* (1919), y *El son del corazón* (1932), un homenaje póstumo que recoge sus últimas poesías. López Velarde siempre se destacó por ser el hombre “soltero”: aunque tuvo contacto con muchas mujeres, solamente dos marcan su poesía, su vida: Josefa de los Ríos, Fuensanta, y Margarita Quijano, la maestra normalista.

Al igual que parte de su vida, la obra de López Velarde está llena de misterio. Reconocidos investigadores, entre los que destacan Xavier Villaurrutia, Luis Noyola Vázquez, Allen W. Phillips, Octavio Paz, Guadalupe Appendini, entre otros, se han dado a la tarea por desentrañar el misterio de su obra y de su vida. Algunos han buscado minuciosamente en su vida para explicar su obra; otros han hecho lo contrario. En cualquier caso, a Ramón López Velarde se le ha vinculado con una figura de identificación y comunión, según dice Margarita Villaseñor en el prólogo de *Poesías*

---

<sup>3</sup> La literatura presenta un carácter de hacer creer, más que un hacer saber. Un objeto representado derivado, según la teoría ingardeniana, es un objeto que parte de la realidad, se asemeja o simula ser. A este respecto, el objeto representado (Ramón López Velarde) que aparece en *El testigo*, se nos da como si fuera real. Según la interpretación de Silvia Ruiz, “El carácter cuasi-juicial de las oraciones [...] nos permite percibir los objetos representados como si su carácter óptico real sufriera una modificación, como si fueran reales. Este carácter de realidad es un “habitus” de realidad de los objetos representados (Ruiz Otero, S. (2006). *Hermenéutica de la obra de arte literaria: comentarios a la propuesta de Roman Ingarden*. México: Eón / Universidad Iberoamericana, p. 77)

*completas* (1979): “La presencia del mexicano católico y pueblerino” (p. XVI). Al poeta pueblerino se le suma la condición de poeta pagano y cosmopolita, pero también la de ser el poeta *más mexicano* de México: son muchas las cuestiones que se plantean acerca de López Velarde. Según nos refiere Octavio Paz<sup>4</sup>, en su texto “La balanza con escrúpulos”, la crítica ha tratado de contestar lo que ha sido López Velarde: “Poeta de la provincia, poeta católico, poeta del erotismo y de la muerte y aun poeta de la Revolución” (Paz, 1980, p. 70). Cualquiera categoría en la que se encuentre nuestro poeta, lo cierto es que la mayoría de la crítica observa un movimiento oscilatorio: Ramón nunca permanece en un extremo. Basta repasar la *Obra poética* (1998) de Ramón López Velarde, coordinada por José Emilio Pacheco, para analizar las distintas posiciones de la crítica: Para Gorostiza, el pueblerino –sujeto pasivo– se con vierte en payo cuando se asume “descubridor, conquistador” (p. 429); a Xavier Villaurrutia le parece que, ante los ojos de todos, “la poesía de Ramón López Velarde se instala en un clima provinciano, católico, ortodoxo” (p. 460); para Sergio Fernández, “son tres los grandes intereses del poeta consciente: el catolicismo, la provincia (que incluiría la patria) y [...] el eros femenino” (p. 618); José Joaquín Blanco afirma que López Velarde encarnó “el matrimonio de la provincia y la capital” (p. 623), y que colaboró “en la «purificación» de la capital –centralización y símbolo de la patria–, con rimas ingenuas, lenguaje pueblerino, prestigios parroquianos, etc., pero también quiso a la capital por lo que ella conservaba de la «degeneración» anterior” (p. 624). Al respecto, Alfonso Bullé Goyri, en su texto *Acercamiento a la poética de Ramón López Velarde* (2008), nos refiere que, a López Velarde: “El pueblo lo protege, es lo cerrado, lo íntimo; la ciudad es el pecado, lo abierto, el deseo de la carne” (p. 12). La oscilación entre provincia o capital, catolicismo o herejía, Fuensanta o Margarita, amor o placer, etc., me parece que le otorga, precisamente, misterio a la figura de Ramón López Velarde.

Con este recuento de la crítica llegamos al punto central de esta exposición: la representación de Ramón López Velarde en la novela *El testigo*, desde la hermenéutica de Ingarden. ¿Y qué se representa sino el misterio de su vida y su obra? A través de la trama novelesca de *El testigo*, surge como alusión poética, como un medio para entender la cruda realidad del protagonista Julio Valdivieso. Centrados en el tema del

---

<sup>4</sup> Octavio Paz ha hecho un magnífico estudio acerca del poeta López Velarde: sus tres ensayos, “La balanza con escrúpulos”, “La mancha púrpura” y “El son del corazón”, reunidos en el libro *Cuadrivio* (1980) complementan cualquier estudio del poeta zacatecano.

regreso, López Velarde llega a mezclarse con la vida de Julio, especialmente en lo que se refiere al poema “El retorno maléfico”. Propongo, como si también se mezclara en este texto el misterio de la oscilación, una lectura que alterna prosa y poesía.

La primera vez que aparece mencionado “El retorno maléfico”, en la novela, sucede cuando Julio Valdivieso, estando en México, recuerda sus últimos días en Lovaina, París. Recuerda haber visitado el panteón: “Entre las lápidas pensó en López Velarde y «El retorno maléfico». Recordó las palabras de remate, «una íntima tristeza reaccionaria», mientras buscaba la tumba de Porfirio Díaz” (Villoro, 2004, p. 24-25).

Como observamos, la referencia nos manda directamente a leer el poema para explicarnos la situación de Julio. En el texto “López Velarde reaccionario” que aparece en la *Obra poética* de López Velarde, Gabriel Zaid nos dice que el poema trata de “la vivencia del hijo pródigo mexicano” (p. 784). Que el lector juzgue:

El Retorno Maléfico

*A D. Ignacio I. Gastélum*

Mejor será no regresar al pueblo,  
al edén subvertido que se calla  
en la mutilación de la metralla.

Hasta los fresnos mancos,  
los dignatarios de cúpula oronda,  
han de rodar las quejas de la torre  
acribillada en los vientos de fronda.

Y la fusilería grabó en la cal  
de todas las paredes  
de la aldea espectral,  
negros y aciagos mapas,  
porque en ellos leyese el hijo pródigo  
al volver a su umbral  
en un anochecer de maleficio,  
a la luz de petróleo de una mecha  
su esperanza deshecha.

Cuando la tosca llave enmohecida  
tuerza la chirriante cerradura,  
en la añeja clausura  
del zaguán, los dos púdicos  
medallones de yeso,  
entornando los párpados narcóticos,  
se mirarán y se dirán: «¿Qué es eso?»

Y yo entraré con pies advenedizos  
hasta el patio agorero  
en que hay un brocal ensimismado,  
con un cubo de cuero  
goteando su gota categórica  
como un estribillo plañidero.

Si el sol inexorable, alegre y tónico,  
hace hervir a las fuentes catecúmenas  
en que bañábase mi sueño crónico;  
si se afana la hormiga;  
si en los techos resuena y se fatiga  
de los buches de tórtola el reclamo  
que entre las telarañas zumba y zumba;  
mi sed de amar será como una argolla  
empotrada en la losa de una tumba.

Las golondrinas nuevas, renovando  
con sus noveles picos alfareros  
los nidos tempraneros;  
bajo el ópalo insigne  
de los atardeceres monacales,  
el lloro de recientes recentales  
por la ubérrima ubre prohibida  
de la vaca, rumiante y faraónica,  
que al párvulo intimida;  
campanario de timbre novedoso;  
remozados altares;  
el amor amoroso  
de las parejas pares;  
noviazgos de muchachas  
frescas y humildes, como humildes coles,  
y que la mano dan por el postigo  
a la luz de dramáticos faroles;  
alguna señorita  
que canta en algún piano  
alguna vieja aria;  
el gendarme que pita...  
...Y una íntima tristeza reaccionaria.  
(López Velarde, 1986, pp. 154-155)

En el mismo texto, Gabriel Zaid explica que se trata de un sutil desdoblamiento entre el autor, el narrador y el personaje (asigna diferentes estrofas a éstos): los dos últimos se apropian, al final, la expresión de esa “íntima tristeza reaccionaria”, como el sentimiento que se produce tras la vuelta “aparente” (pues se prohíbe la regresión): “Es

el poema de alguien que creyó en un futuro mejor y se enfrenta al futuro que llegó” (p. 787).

Estoy de acuerdo en algunos puntos, sin embargo, hago unas precisiones: primero, si parece existir un desdoblamiento, se da en la misma voz de un sujeto lírico: va de la descripción del pueblo (en tercera persona) en las cuatro primeras estrofas, a la posesión de esa descripción (en primera persona) en las dos siguientes estrofas, para luego rematar, en la última estrofa, con una vuelta a la descripción (en tercera persona); segundo, la idea del poema plantea el regreso como el sueño roto, agujereado por la violencia: se regresa para ver lo que hay ahora y lo que fue alguna vez, una oscilación entre un pasado amado y un futuro destruido; tercero, el poema puede entenderse como la vuelta hacia el origen perdido, el viaje impedido del héroe: un regreso que se da a través de la imagen, pero que no concuerda con la vida, de ahí que el pasado no pueda “vivirse”, en el presente, con la misma intensidad; cuarto, el retorno oscila entre los tres planos temporales, el pasado (lo que fue), el presente (lo que es) y el futuro (queda implícito en la sucesión de puntos: será un “íntima tristeza” que reacciona); quinto, hay que destacar la atmósfera que opera en el poema: en la primera parte, encontramos subversión, violencia, mal agüeros, decadencia, huecos, sopor, confusión, fatiga, reclamo, soledad, muerte, etc., en la segunda parte, precisamente, en torno a la última estrofa, observamos una atmósfera un tanto diferente: inocencia, fertilidad, fresca y humildad, cantos, renovación, amor, mujeres.

“El retorno maléfico” vuelve a aparecer en la novela, esta vez directamente ligado a la figura de Ramón López Velarde. Julio Valdivieso se pregunta por la zona que le interesa estudiar al tío Donasiano, ahora que éste le ha confiado su propio Archivo:

El autor de *La sangre devota* (más por deformación generacional que filológica, Julio escribía ese título en siglas: *LSD*) había logrado el consenso de dos públicos rivales, el que celebraba su «íntima tristeza reaccionaria» y el que buscaba verlo «envenenado en el jardín de los deleites», el católico atravesado de nostalgia y el dandy transgresor. López Velarde admitía en sus poemas las pugnas favoritas de la cultura mexicana: la provincia y la capital, las santas y las putas, los creyentes y

los escépticos, la tradición y la ruptura, nacionalismo y cosmopolitismo, barbarie y civilización (p. 52)

Como vemos, la “íntima tristeza reaccionaria” se carga con un nuevo sentido: la definición del católico nostálgico, aquel hijo que intentó regresar a su pueblo y encontró un edén subvertido. En este conjunto de circunstancias, el regreso adquiere, pues, una tonalidad provinciana, nacionalista, de tradición y barbarie. Es la misma oscilación que apuntamos antes, y también la misma atmósfera que retrata el poema:

Si el sol inexorable, alegre y tónico,  
hace hervir a las *fuentes catecúmenas*  
en que *bañábase mi sueño* crónico;  
si se *afana* la hormiga;  
si en *los techos* resuena y se fatiga  
de *los buches de tórtola* el reclamo  
que entre las *telarañas* zumba y zumba;  
mi sed de amar será como *una argolla*  
empotrada en la losa de *una tumba*.  
[cursivas mías] (pp. 154-155)

En López Velarde, comenta Margarita Villaseñor, “la provincia es algo mucho más hondo y trascendente que lo puramente pintoresco y superficial que han querido ver en él sus imitadores [...] la honda y definitiva marca de su infancia” (p. XIX). En opinión de Octavio Paz, la provincia es para López Velarde, “un campo magnético, al que vuelve una y otra vez, sin jamás regresar del todo” (p. 84). En el poema, es cierto, alcanzamos a percibir los colores, los olores, el movimiento de las hormigas y hasta el anillo sepultado en la tumba. Pero, además, estos aspectos, en especial los de la siguiente estrofa, nos llevan a pensar en la infancia que apunta Villaseñor. De esta manera, la provincia aparecerá como una nostalgia por un bien irre recuperable, en palabras de Paz. ¿Y qué es lo que el sujeto lírico trata de recuperar, sino el tiempo, la vida, el pozo, la mujer? En este sentido, complementa Paz:

Símbolo de la lejanía física y de la inocencia perdida, la provincia pertenece al antes y al después. Es una dimensión temporal: encarna el pasado pero igualmente prefigura lo que volverá a ser. Ese futuro se identifica con la muerte: el edén sólo se abrirá para el agonizante. La

relación entre López Velarde y la provincia es la misma que lo une a Fuensanta (p. 87)

En la novela, la aparición de “El retorno maléfico” vuelve a cargarse de significado: si la provincia es la mujer, el regreso es, también, una metáfora del amor inalcanzable que sólo puede realizarse en la muerte. En esta ocasión, la sobrina de Julio, Alicia, le pide que le recite un poema de López Velarde. En ese momento, Julio recuerda la voz del recitador del teatro Jerez, pero no tiene a la mano un poema. Estaba nervioso y cansado: su sobrina le recordaba el amor de su vida, su prima Nieves. Alicia es, a los ojos de Julio, la esencia de Nieves:

Nada más ridículo que recitar ahí, y sin embargo, mientras subía la escalera, pensó versos como escalones:

Cuando la tosca llave enmohecida  
tuerza la chirriante cerradura,  
en la añeja clausura  
del zaguán, los dos púdicos  
medallones de yeso,  
entornando los párpados narcóticos,  
se mirarán y se dirán «¿Qué es eso?».

Julio empujó la puerta de Alicia y tendió a la muchacha en la cama. Vio sus «párpados narcóticos» (p. 139).

En este conjunto de circunstancias, podemos ver una cierta inocencia entre los dos personajes, su sobrina y Julio. Si Nieves fungió como su amor prohibido, el regreso significa buscarla a ella, entre los escombros de su pasado. Lo que encuentra, o mejor dicho, lo que queda de Nieves es una versión casi similar: Nieves encarnada en Alicia; sin embargo, ante la tentación que le produce su sobrina y la extraña sensación de verse con “párpados narcóticos”, Julio desiste. En el poema “El retorno maléfico”, hay un sentido de decepción, una esperanza deshecha; no obstante, siempre queda un remanente en esa “íntima tristeza reaccionaria”, precisamente, ese algo es lo que fuerza a la intimidad, a la reacción. Entonces hay ruido, hay voces, cantos y movimiento, amor:



el *amor amoroso*  
de las *parejas* pares;  
noviazgos de muchachas  
*frescas y humildes*, como humildes coles,  
y que *la mano* dan por el postigo  
a la luz de dramáticos faroles;  
*alguna señorita*  
que *canta* en algún piano  
alguna *vieja aria*;  
[cursivas mías] (p. 155)

Según Octavio Paz, la originalidad de López Velarde fue siempre “un ir hacia el origen, hacia lo más antiguo: descubrir la raíz” (p. 90). ¿Y qué es la raíz sino aquel tiempo arquetípico, antes del nacimiento? La raíz se encuentra empotrada en la imagen del pasado, pero ir hacia su encuentro, ¿no significa quedarse suspendido en el presente? A estas alturas, la vida de Julio Valdivieso comienza a mezclarse con las resoluciones del poeta López Velarde. A continuación, un pasaje de la novela:

El impulso del regreso siempre se tiñó de melancolía. El anhelo de ser «una casta pequeñez» en la «tarde inválida» donde juegan los niños era un teatro de imposibilidades, una inocencia artificial, recuperada a voluntad. El viaje al pueblo de su infancia en tiempos de Revolución fue aún más grave, un «retorno maléfico» que lo enfrentó con calles marcadas por la «mutilación de la metralla». Ahí definió su «íntima tristeza reaccionaria», las ganas de volver y preservar lo antiguo como un novedoso atributo de los sentidos. La tentación del pasado y el fervor ante las cosas por venir se tensaban como otra de sus contradicciones. El poeta que veía en la lluvia un bautizo y un baño lúbrico, apostaba al cambiante valor de los opuestos; su mito se complicaba por el rico tejido de sus versos y por la vida abierta que dejó a los treinta y tres años.

Después de lo que escuchó en Los Cominos, Julio no podía leer a López Velarde sin más; participaba de ese enredo irrenunciable y gratuito, la sobrevida del poeta. Incluso cuando se sintió al otro lado de la investigación cristera y la lectura de *Zozobra*, y quiso volver a sus islas de siempre, Julio dio con una mención que lo regresaba a Jerez, San Luis, la ciudad de México, el «más bien muerto de los mares muertos». Desde

el futuro del poeta, Julio rebobinaba sabiendo que su propio futuro corría hacia atrás (pp. 293-294).

En este conjunto de circunstancias se alcanza a percibir la mezcla de Julio y Ramón. Julio ya no puede volver a ser quien es porque ha sido transformado por la poesía de López Velarde. Si al inicio, la poesía de Velarde significaba México, el regreso, la provincia y forzosamente Nieves, ahora se convertía en parte de él. Octavio Paz nos dice que “López Velarde no vive su conflicto de una manera pasiva. Su obra no es únicamente la descripción del movimiento contradictorio de su alma: es la tentativa por crearse a sí mismo, la búsqueda de un estado que reconcilie la discordia” (p. 126). Apropiarse la historia es conceder tiempo al tiempo, ser consciente del porvenir:

...Y una íntima tristeza reaccionaria (p. 155).

La última vez que aparece el poema “El retorno maléfico”, es también la parte que cierra la novela. En este momento Julio se encuentra consciente de su presente. Al fin ha dejado ir ese lastre que lo sujetaba al pasado, al fin se ha encontrado él mismo:

Después del chubasco, una luz dorada bañaba el semidesierto, los tordos saltaban de penca en penca, los cerros eran recorridos por las movedizas sombras de las nubes.

Pensó en los muchos regresos de Ramón López Velarde, que tantas veces hizo las rutas entre Jerez, Zacatecas, San Luis Potosí, la ciudad de México. En plena Revolución, encontró la casa familiar como «el edén subvertido que se calla / en la mutilación de la metralla»; recorrió los cuartos de siempre alumbrado por una insegura lámpara de petróleo:

Cuando la tosca llave enmohecida  
tuerza la chirriante cerradura,  
en la añeja clausura  
del zaguán, los dos púdicos  
medallones de yeso,  
entornando los párpados narcóticos,  
se mirarán y se dirán: «¿Qué es eso?»

Recordó el peso leve de Alicia entre sus brazos, lo que quedaba de Nieves, mientras oía la tos que atribuyeron a Ramón. A saber si todo

formaba parte de una bizarra comedia de provincias, el tío y el cura divirtiéndose a costa de ellos con falsos misterios y las claves precisas que les ayudaba a colocar Eleno, el fantasmón *factorum*, «el santo discreto», como lo llamaba el tío. ¿También las cintas habían ardido en el *auto da fe* de la nave? Poco importaba ese rescoldo asmático, otra ceniza. El horizonte se abría, con una luz de miel, salpicado de plantas espinosas, de una belleza insoportable. El poeta cargaba su regreso de una definitiva pesadumbre: «Mi sed de amor será como una argolla / empotrada en la losa de una tumba.» Más avejentado que el soltero que trazó ochos en el cuarto de la soledad y escribió esos versos de vida difícil, Julio sentía un impulso leve. No regresaba ni reanudaba algo: seguía (pp. 467-469)

Cuando el pasado ya no es pesadumbre, se puede continuar. Julio no regresa para reanudar algo, sino solamente para continuar en el tránsito de la vida. El misterio de López Velarde es el misterio de Julio Valdivieso: la oscilación del pasado hacia el futuro se detiene para seguir. Esa hubiera sido la respuesta de Ramón López Velarde si no se hubiera muerto, detenerse y seguir. López Velarde llega a aparecer como Nieves, el regreso a México, como Alicia y como el mismo Julio: de esto entendemos el papel que juega la poesía para explicar la vida.

Esta exposición debe detenerse aquí, no sin antes destacar otras características afines con el personaje Julio Valdivieso y el poeta Ramón López Velarde: podemos observar el mito del regreso, en conexión con la esencia de la mexicanidad, el conflicto de la tradición y ruptura (la búsqueda de una identidad y una búsqueda amorosa), y la esencia del testigo (vista en la figura de los perros velardianos). En todos estos puntos encontramos poemas referidos de los tres libros de López Velarde. Todavía resta hacer un estudio completo.

En la poesía mexicana, afirma Villaurrutia, “la obra de Ramón López Velarde es, hasta ahora, la más intensa, la más atrevida tentativa de revelar el alma oculta de un hombre” (p. 472). Este comentario me parece muy acertado si tenemos en cuenta lo que dijo Octavio Paz, en su estudio velardiano: “La mujer es la llave del mundo, la presencia que reconcilia y ata las realidades disgregadas” (p. 80). La única manera de responder al mundo, de encontrar el origen es a través de la mujer. Existir en el reflejo

de los “párpados narcóticos” del otro, en este caso lo femenino, y así llegar a la unidad de los opuestos o, como diría Paz, la fusión de los contrarios.

Lo que me parece más interesante, respecto a esta cuestión de la poesía de Ramón, es que nos sigue diciendo algo nuevo. Su obra y su vida, diría yo, forma parte de nuestro imaginario cultural. Leerlo es revivirlo, traerlo del pozo hacia nuestros sentidos. Sea el poeta que sea, provinciano, católico, revolucionario, etc., posee un enorme valor literario. Último comentario: en mi revisión bibliográfica, solamente encontré una lectura que aborda, de manera pasajera, la relación de López Velarde y Gutiérrez Nájera: ojalá que alguien se anime a trabajar una comparación entre estos *flaneurs* mexicanos, hijos de Baudelaire.

#### **Bibliografía consultada**

- López Velarde, R. (1979). *Poesías completas. El Minutero. Don de Febrero*. México: FCE [Prólogo de Margarita Villaseñor]
- López Velarde (1998). *Obra poética*. Madrid, España: ALLCA XX / CNCA [Coord. José Luis Martínez]
- López Velarde, R. (1986). *Obras*. México: FCE [Prólogo de José Emilio Pacheco]
- Paz, O. (1980). *Cuadrivio* (5ta. ed.). México: Joaquín Mortiz
- Ruiz Otero, S. (2006). *Hermenéutica de la obra de arte literaria: comentarios a la propuesta de Roman Ingarden*. México: Eón / Universidad Iberoamericana
- Villoro, J. (2004). *El testigo*. México: Anagrama

#### **Bibliografía electrónica**

- Bullé Goyri, A. (2008). *Acercamiento a la poética de Ramón López Velarde*. Texto obtenido de la red mundial, el 16 de junio de 2009, de: [www.scribd.com/.../08-Acercamiento-a-La-Poetica-de-Ramon-Lopez-Velarde](http://www.scribd.com/.../08-Acercamiento-a-La-Poetica-de-Ramon-Lopez-Velarde) -